

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 04 | NÚMERO 08 | DICIEMBRE 2023 | ISSN 2452-5707

ENTREVISTAS

A 50 años del golpe civil-militar: Voces de historiadoras/es. Entrevista a Julio Pinto Vallejos

10 de mayo de 2023
Londres 38, Santiago de Chile

Entrevista realizada por:
Beatriz Medina, Pamela Fernández y Marco Lagos.

Mi nombre es Julio Pinto Vallejos. Soy historiador jubilado, trabajé cuarenta y dos años en la USACH como profesor de Historia y recibí el Premio Nacional de Historia en el 2016.

¿Qué significan los 50 años en este contexto social?

Si me hubieran hecho la pregunta la semana pasada (antes de las elecciones constitucionales de 2023) mi respuesta hubiese sido distinta. Aunque tal vez no: podría decirse que los nubarrones ya se vislumbraban en el horizonte. Me parece triste estar cumpliendo estos cincuenta años en un contexto en el cual aparentemente a una mayoría importante de la sociedad chilena no le interesa mayormente conmemorar o analizar o recordar estos hechos, porque de alguna forma u otra lo que ocurrió en la elección del domingo indica que el pinochetismo sigue vivo y fuerte. Entonces la primera sensación que tengo es de tristeza, porque lo que podría haber sido un momento, no digo de iniciar una conmemoración, porque esto lo hemos estado haciendo casi desde el momento mismo del golpe y sin duda desde el inicio de la transición, pero sí cincuenta años es una fecha simbólica para hacer un balance, recordar lo que ocurrió, por qué ocurrió, qué consecuencias tuvo para nosotros como país, y cómo evitar que vuelva a ocurrir algo similar. Esas expectativas de alguna manera se ven relativizadas o cuestionadas por lo que pasó con las elecciones del domingo pasado. De modo que yo partiría por ahí: la pregunta alude al contexto actual, por eso parto por ahí.

El golpe de estado del 73 fue uno de los mayores puntos de inflexión en la historia de Chile contemporáneo, y me refiero desde 1810 para acá. Es uno de los grandes quiebres de nuestra historia, un quiebre muy doloroso, que trajo mucho sufrimiento humano, mucha pérdida de vidas, mucha represión. Pero además fue la destrucción de, no solo del sueño de construir un Chile socialista, que fue lo que de alguna manera potenció la experiencia de la Unidad Popular, sino también de nuestra trayectoria histórica desde los años 20 del siglo XX. Por eso digo que es uno de los grandes quiebres de nuestra historia, y lo que ocurrió después fue una transformación radical, usando terminología marxista, no del modo de producción capitalista, que existía antes y siguió existiendo después, pero sí de la modalidad específica de capitalismo que nos toca vivir, y en ese sentido a mí me da entre risa y rabia cuando la derecha dice que no puede permitírsele a la

izquierda levantar proyectos refundacionales. ¡Si ellos han sido, en nuestro caso, los refundacionales por definición! ¡Qué más refundacionales que ellos, que refundaron Chile a su gusto y de acuerdo a sus propias prioridades e intereses! En ese contexto, por supuesto que no les interesa que eso se vuelva a refundar, porque les gusta lo que existe. Por eso pienso que es bueno, más que bueno, necesario, volver una vez más a aquilatar lo que significó el quiebre del 73, no para volver a sufrir en carne propia los golpes de ese momento, de esa coyuntura, sino por todo lo que ha significado para el conjunto de la sociedad chilena lo que se empezó a construir a partir de ahí y que, como quedó demostrado el domingo pasado, sigue muy vivo, muy presente. Seguimos viviendo en ese país, a pesar de todas las tentativas que se han hecho de modificarlo. Seguimos muy instalados allí, y yo me temo que vamos a seguir ahí durante un buen tiempo más. Lo lamento por ustedes, que les toca vivir esta etapa, pero bueno, la historia no la elige uno a su antojo, es lo que nos toca vivir.

¿Qué responsabilidad les cabe a las y los historiadores en la conmemoración de los 50 años?

Son varias. No sé si las estaremos cumpliendo muy bien, pero son varias. Lo primero es evitar que se olvide lo que pasó. Pienso que eso se ha hecho más o menos bien. Al terminar la dictadura hubo un impulso muy fuerte de parte de quienes apoyaron ese proceso de dar vuelta la página, echarle tierra a lo que ahí sucedió y que no nos acordemos nunca más. Nosotros, y cuando digo nosotros me refiero al grupo de la Nueva Historia Social de los 80 y los 90, hablábamos de una voluntad de amnesia histórica por parte de quienes propiciaron el modelo dictatorial, de querer borrar ese episodio de la memoria colectiva. Pero también coincidían en esa actitud muchos que no estuvieron de acuerdo con la dictadura, pero que después de 17 años no querían seguir en lo mismo, necesitaban tomarse un respiro. En esas condiciones fue difícil instalar a nivel de debate social amplio la necesidad y la urgencia de no olvidar, de volver atrás, de ver por qué se había producido esto, qué consecuencias tuvo. Costó, no fue fácil, yo diría que la prisión de Pinochet en Londres y lo que vino después, incluyendo el manifiesto de historiadores, tuvo un efecto importante en cuanto a validar la necesidad de discutir estos temas. No necesariamente instalar nuestra propia verdad, porque cada sector y cada grupo tiene y seguirá teniendo su forma de entender las cosas, pero por lo menos de discutirlo, y eso afortunadamente se logró, lo hemos estado discutiendo no solo al interior de nuestro oficio, sino que en la sociedad en general. Durante los últimos 30 o 35 años hemos estado discutiendo qué fue la dictadura, por qué se produjo, qué implicó; en fin, cuál fue su carácter y trascendencia histórica.

Así y todo, curiosamente, el trabajo específico de investigación historiográfica sobre la dictadura ha sido menor de lo que yo al menos hubiera esperado. Me incluyo un poco dentro de esa carencia, a pesar de que participé de un proyecto dirigido por Verónica Valdivia que remató en el libro *Su revolución contra nuestra revolución*¹, que de algún modo se internó en esos temas. Pero igual no es mucho lo que se ha hecho, y sobre todo, con mucho respeto, no es mucho lo que las generaciones más jóvenes han hecho en cuanto a estudiar la dictadura en sí misma. Parece que hay otros temas que son más convocantes en estos momentos, y por “estos momentos” quiero decir las últimas dos o tres décadas, temas de la posdictadura, que es algo que a ustedes parece entusiasmarles mucho más. Suena obvio porque es lo que les toca vivir, pero también por la fuerza que ha adquirido la historia reciente, ciertos procesos, las luchas indígenas, el feminismo, todo absolutamente comprensible y necesario, porque son los grandes debates de hoy, y nuestro oficio se valida en tanto aporta a esos debates. Pero en relación a lo que ustedes me están preguntando, ni la dictadura ni la Unidad Popular han sido tan asiduamente visitadas como yo pienso que se necesitaría. Eso por un lado: creo que hay una deuda pendiente de investigación histórica relativa a los dos períodos en que se enmarca el golpe de estado: Unidad Popular y dictadura. Relativizo parcialmente: sobre la Unidad Popular han aparecido más cosas en estos últimos años, incluyendo un par de proyectos que ha encabezado mi colega Mario Garcés. Han pasado más de cincuenta años, por lo que mucha gente ya ni siquiera sabe, menos se acuerda, y menos todavía entiende qué significa ese proceso. Por eso es bueno que estos temas estén retomando vigencia, pero la dictadura sigue siendo un período poco trabajado.

Y por otra parte, segunda tarea que nos corresponde, y que sí se ha asumido un poco mejor, es el de difundir estos procesos. Me parece un pecado de parte de nuestro oficio el de encerrarnos en las discusiones entre especialistas, hablar, escribir y aprender entre nosotros, en lugar de dialogar con la sociedad en su conjunto. En ese sentido ustedes, como núcleo de historia social popular, apuntan en el sentido correcto: sacar la historiografía de los claustros universitarios y llevarla a la sociedad. Aprovecho de saludar y homenajear lo que ustedes hacen, porque además llevan un tiempo largo funcionando, han sido capaces de hacer un relevo, cosa que no siempre en las iniciativas estudiantiles resulta fácil. Las personas van saliendo de la universidad y no siempre hay quien recoja el panderero. Ustedes, hasta aquí al menos, lo han logrado. Entonces creo que hay una tarea de divulgación y de debate a nivel societal más amplio sobre estos procesos que también nos corresponde parcialmente asumir. En todo caso, pienso que

¹ Valdivia, V. Álvarez, R. y Pinto J. (2006) *Su revolución contra nuestra revolución*. Santiago de Chile: LOM.

se ha asumido mejor, curiosamente, la tarea de divulgar que la de investigar, lo cual genera una contradicción, porque tenemos que divulgar a partir de ciertas bases de conocimiento que no es que no existan en absoluto, pero podrían ser más voluminosas, mayores. En suma, debemos investigar más y divulgar mejor, y seguimos un poco más al debe en lo primero que en lo segundo.

¿Qué significa en su historia personal estos 50 años?

Mi generación fue profundamente marcada e impactada por el golpe. Cuando se produce el golpe, yo tenía 17 años recién cumplidos. Por lo tanto, mi formación como persona, como ciudadano, como historiador, ocurrió en tiempos dictatoriales, y claro, mis expectativas, mis deseos apuntaban a una salida de la dictadura de corte más radical. Yo crecí pensando que el socialismo no era una utopía a cien años plazo, sino algo que podía alcanzarse dentro de mi propia vida, a pesar de la dictadura. Todavía nosotros, mi generación, conservó la idea de que el socialismo no era algo tan ilusorio, tan distante. Al final, el socialismo no llegó, y no solo no llegó por lo que ocurrió acá en Chile, sino a nivel mundial. Hubo una crisis profunda del socialismo a fines de los 80' principios de los 90' de la cual no hemos sabido reponernos. Seguimos de alguna forma dándonos vueltas en esa crisis. Por lo tanto, hay una sensación de amargura, de que mi generación no logró su cometido. Obviamente, me refiero a aquellos y aquellas de mi generación que pensaban como yo, porque también había gente de derecha que estaba muy contenta con lo que pasó, y siguen estando contentos con lo que hay ahora.

De alguna manera, la revuelta social del 19' reavivó esas expectativas, porque fue como decir, bueno, "aún nos queda patria ciudadanos"; todavía hay en las nuevas generaciones el impulso y el deseo y la voluntad de hacer cambios reales a este régimen ultra capitalista que nos toca vivir. Lo que ocurrió en esos meses fue para mí muy alentador porque de alguna forma, pensaba, bueno, costó, pero aquí se demuestra que no todo está perdido, quedan esperanzas. Pasó algo muy interesante en esos meses, ustedes seguramente lo saben, fuimos muy convocados, la gente de nuestro oficio, por diversas instancias sociales, colectivas etc., colegios, para hablar sobre la dictadura, la UP, la post dictadura. Había una demanda social muy amplia hacia la historia. No es que la iniciativa naciera de uno, más bien nos llamaban, nos invitaban. Uso el plural porque estoy hablando de mi generación de historiadores e historiadoras sociales siendo convocados para otorgar sentido a lo que estaba ocurriendo. Eso fue energizador, estimulante.

Pero ocurre que estamos a menos de cuatro años de eso, y el péndulo se movió radicalmente en la dirección contraria. Por eso comencé la entrevista diciendo

que lo que ocurrió el domingo fue como un balde de agua fría. Para no ponerlo en una nota tan pesimista, hay que considerar que el 38 por ciento que obtuvo el “apruebo” es más de lo que obtuvo Allende en el 70’. Me parece un buen punto de referencia para analizar esto en su debida proporción: Allende llegó a la moneda con 36,6 por ciento de los votos. El domingo pasado hubo un 38% al menos que no votó por la derecha. Pienso además, que no podemos tomar un momento de la historia, una coyuntura muy específica, como algo que necesariamente vaya a proyectarse de manera indefinida, porque así como la revuelta social del 19’ fue algo muy impactante, pero que ahora se ha diluido bastante, también lo que está pasando ahora puede ser muy pasajero. No lo sabemos. Si algo sabemos quienes estudiamos historia es que es muy arriesgado hacer pronósticos.

Resumiendo, me hubiese gustado conmemorar estos 50 años un poco en el clima que se vivió a partir de octubre del 2019 y me da pena que no vaya a ser así, pero eso también depende de nosotros, y nos habla de errores que hemos cometido y responsabilidades que no hemos asumido. Con todo lo estimulante y potente que fue la revuelta social, pienso que ahí hubo carencias que no se visualizaron bien o no se supieron enfrentar. Pienso que fue un fenómeno nacido en buena medida de la espontaneidad, que faltó, y aquí hablo como viejo sesentero un poco obsesionado con el tema de la orgánicas, a mi juicio faltó organicidad como para sostenerse en el tiempo, proyectarse. Y faltó también buscar elementos comunes que hubiesen permitido coordinar y proyectar esa energía un poco más allá en el tiempo, porque hubo una especie de descarga eléctrica, pero faltaron los cables y los fusibles que absorbieran esa descarga, y lograran mantenerla. Eso no ocurrió, y creo que por eso estamos lamentando lo que lamentamos. Además, hubo alguna incapacidad nuestra de tomarle el peso a la sociedad que somos actualmente. Hubo a veces mucho entusiasmo, mucha euforia a partir de la revuelta social, se pensó que todo era posible, y que las grandes mayorías sociales estaban detrás nuestro. Eso no estaba tan claro entonces, y está mucho menos claro ahora, lo que indudablemente obedece a un mal diagnóstico de la sociedad en que vivimos, y eso sí que es algo que nos compete profesionalmente a quienes estamos aquí conversando. Creo que no le hemos tomado todo el peso a la profundidad y a la magnitud con que ha echado raíces en la sociedad chilena el modelo de convivencia social que instaló la dictadura, que parece ser mucho mayor de lo que imaginamos.

Con todo, pienso que este momento debe conmemorarse. No es bueno que nos echemos a morir y no digamos nada. Por eso felicito también la iniciativa de ustedes. Hay que conmemorarlo con convicción, pero también con autocrítica, y creo que en eso hemos sido un poco deficitarios. Ya se sabe lo que fue la dictadura, y ya se saben los costos humanos y sociales que implicó. Se conocen las claves

de sentido del modelo de sociedad que se instaló en Chile durante ese período, no sé si valga la pena seguirle dando vueltas a ese aspecto. Pero sí puede valer la pena investigar por qué esto ha sido tan profundo y tan potente, y por qué es necesario seguir recordando el 73' para tratar de avanzar hacia una sociedad mejor. No es bueno que estas conmemoraciones se conviertan en una cosa mecánica, como cuando uno celebra los cumpleaños. Debemos conmemorar porque han pasado cincuenta años, y en un lapso de esa magnitud la historia sí puede enseñarnos muchas cosas. Es nuestro deber como cultores y cultoras de esta disciplina demostrar que sirve para eso, y que este país no se inventó anteayer, y que no todo lo que hay hacia atrás no sirve de nada. Pienso que si no somos capaces al menos de refutar esa idea, mejor cambiamos de oficio: no estamos haciendo lo que nos corresponde.

Hoy en día el movimiento popular es un movimiento complejo tiene muchas manifestaciones y problemas con la organicidad, ¿Cómo podríamos comprender hoy día estas clases populares y su relación con el movimiento popular? o ¿Cuál es el valor de seguir levantando a la clase como bandera? siendo que los mismos partidos de izquierda o los que representan las fuerzas progresistas hoy en día no tienen una claridad meridiana al respecto ¿Qué piensa usted?

Muy buena la pregunta, porque es un tema muy importante que ha quedado un poco en el tintero. Uno de los grandes desafíos de nuestro oficio es saber conjugar continuidad y cambio, siempre presentes de manera simultánea. En ese contexto, nuestra labor es tratar de ver cuánto hay de continuidad y cuánto de cambio en los periodos que se estudian, porque siempre se van a encontrar las dos cosas: a veces prevalece la continuidad, a veces el cambio. En este caso creo que ese contraste es particularmente importante, porque efectivamente a partir del 73 Chile cambió, el mundo cambió. Muchas de las cosas que creemos que nos pasan sólo a nosotros, basta mirar un poquito más allá y nos damos cuenta que están pasando en todas partes. Hay una refundación del capitalismo a nivel mundial, y una refundación que ha tenido efectos. No fue superficial y efímera, sino que llegó para quedarse, ojalá no para siempre, (bueno, nada permanece para siempre en la historia), pero ha durado un buen tiempo, ya lleva medio siglo.

Y entonces la pregunta que se plantea es esa: ¿qué tanto sirven las claves sesenteras, o del siglo XX, para dar cuenta del mundo y del país que nos toca vivir ahora? Yo pienso que claramente no sirven tanto, los cambios han sido demasiado radicales como para pensar que los modelos que nos sirvieron el 70' o el 73' sigan vigentes en el 2023. En ese tiempo había una radiografía más o menos clara de la sociedad chilena, había un diagnóstico de lo que se necesitaba, de lo

que había que hacer, y había por lo tanto un proyecto. Todo eso ahora se diluyó. La misma derecha ya no tiene un proyecto, porque su proyecto ya está realizado. Ahora están básicamente defendiendo lo que armaron, y por eso se escandalizan cada vez que perciben intenciones “refundacionales”. Se tiende a pensar en el Partido Republicano y otros fenómenos parecidos como expresiones fascistas. Puede haber allí algunos elementos parecidos, pero algo que no tienen es el sentido refundacional del fascismo clásico. Hitler, Mussolini, y quienes pensaban como ellos se daban cuenta que para combatir el comunismo no se podía mantener intacta la organización social y económica existente. Por lo tanto, intentaron fundar una nueva forma de capitalismo, más estatista, con mayor voluntad de atracción de masas. Yo no veo que el Partido Republicano, Milei o Bolsonaro estén en ese registro, no veo que estén levantando un proyecto refundacional. En el caso de los republicanos, lo que están defendiendo es el legado de Pinochet, es su forma más prístina.

Ahora dejo de lado la derecha, y vuelvo a nosotros. No tenemos ni la misma claridad ni el mismo diagnóstico que alguna vez tuvimos, y no lo tenemos a nivel mundial. En ese contexto, me parece un error pensar que nos van a seguir sirviendo las mismas herramientas del 70’ para las necesidades e imperativos de hoy. En Chile hay una nueva configuración social, con características diferentes, y no se divisa una potencial hegemonía obrera en el sentido clásico de la palabra. No es que en Chile no hayan trabajadores y trabajadoras; obviamente las hay, pero son diferentes, mucho autoempleo, mucho sector terciario, en fin, mucho inmigrante. Una parte importante de la actual clase trabajadora chilena son inmigrantes, y están provocando reacciones muy hostiles de la otra parte del pueblo chileno, la parte “nativa”. Es un problema muy complejo, que obliga a levantar una radiografía de esta nueva sociedad chilena. En lo que estamos al debe es en encontrar una fórmula política que traduzca esa radiografía en un plan de acción. El plan de acción del Frente Amplio es una especie recuperación del estado social, al estilo del que existía a mediados del siglo xx. Sin duda eso sería mejor que lo que tenemos, tampoco soy un crítico a ultranza del Frente Amplio. Sin duda sería deseable reactivar la noción de derechos sociales, instalarlos, hacerlos respetar, recuperar un poco la politización a nivel masivo de la sociedad. Todas esas son cosas que necesitamos para plantearnos objetivos más ambiciosos, lo que nos obliga un poco a sacudirnos de los esquemas del pasado y a tratar de levantar nuestros propios esquemas. Esto nunca es fácil, porque además estamos en un mundo que cambia muy rápido. Si días atrás alguien me hubiera dicho que la derecha iba a sacar el 55 por ciento de la votación en Chile me hubiese parecido una locura, pero ocurrió.

En suma, estamos en un periodo de cambios y tenemos nosotros también que reaccionar a esos cambios, tanto historiográfica como políticamente. Así, ante la pregunta sobre la utilidad de la historia pasada en un período de cambios, diría dos cosas: una, que seguimos en un mundo capitalista y en un país capitalista, y el capitalismo no ha logrado resolver las enormes contradicciones sociales que genera. Personalmente pienso que no es capaz de resolverlas, le son inherentes. La injusticia social, la desigualdad, la desprotección de los sectores más pobres, no son “externalidades”, son consecuencias intrínsecas del funcionamiento del capitalismo, que de alguna forma los estados de bienestar o los populismos latinoamericanos del siglo xx morigeraron, como mecanismo de autodefensa, porque se daban cuenta que de no hacerlo se arriesgaba un estallido revolucionario, pero sin cambiar el capitalismo como telón de fondo. El neoliberalismo lo que hizo fue barrer con esos “colchones” que se habían venido instalando, y volvió a un “capitalismo salvaje”, tal como lo fue en sus comienzos. Y eso sí lo conocemos, el capitalismo, no en sus sucesivas y cambiantes encarnaciones históricas, pero sí en sus características fundamentales. Que eso sigue vigente no podemos perderlo de vista. Como cultoras y cultores de la historiografía, podemos decir: aquí estamos hablando de un sistema que tiene tres siglos de duración y que a pesar de la necesidad de reinventarse una y otra vez conserva ciertos elementos de base que no han cambiado, y si nos parece que esos elementos son negativos, la historia sí puede enseñarnos que toda creación humana—en este caso, el capitalismo—es susceptible de cambios.

Porque una segunda enseñanza que nos deja la historia es que nada es para siempre. Pero también nos enseña que los grandes cambios no ocurren espontáneamente, que para que las cosas cambien las personas tienen que actuar. Sin acción, sin movilización, no va a haber cambio alguno, porque son muchas más las fuerzas, incluso de pura inercia, que empujan a favor de que las cosas sigan como están. Para romper esa inercia se necesita una fuerza mayor, y eso implica que las personas sigan pensando que este es un sistema injusto, un sistema inhumano, y que algo tenemos que hacer para cambiarlo. Y esto implica lo que ya se dijo: la necesidad de entender bien en qué mundo nos estamos moviendo, qué es lo que hay que hacer para cambiarlo, y cambiarlo para qué. Qué vamos a levantar en reemplazo de lo que hay, cosa que ahora tampoco está demasiado clara. Y esa sería mi conclusión: que para esas dos cosas al menos nos sirve el oficio que practicamos, los procesos que estudiamos.